

**SECRETARIADO GENERAL PARA LOS SEGLARES CLARETIANOS**

Colección de Subsidios

16

---

**ESPIRITUALIDAD  
DEL SEGLAR CLARETIANO  
EN AMERICA LATINA**

Comentario a la III parte  
del ideario del Seglar Claretiano

**Antonio Vidales, cmf.**

## **SUMARIO**

### **I. TRES PREGUNTAS OBLIGADAS:**

- ¿Existe una espiritualidad seglar? ¿Hay una espiritualidad claretiana?
- ¿Se puede hablar de una espiritualidad claretiana?

### **II. VISION DE LA ESPIRITUALIDAD QUE NOS OFRECE EL IDEARIO DEL SEGLAR CLARETIANO**

1. Seguir a Jesús bajo el impulso del Espíritu
2. Características de nuestra espiritualidad
  - 2.1 Globalizante
  - 2.2 Humanizante
  - 2.3 Integradora
  - 2.4 Dinámica

### **III. DIMENSIONES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD**

1. Dimensión mística
  - 1.1. Filial: amar a quien nos amó primero
  - 1.2. Cristología: Seguir a Jesucristo
  - 1.3. Pneumática: vivir según el Espíritu
  - 1.4. Mariana: Imitar a María, dócil al espíritu y seguidora de Jesús
  - 1.5. Eclesial: Seguir a Jesús en comunidad
2. Dimensión política
  - 2.1. Animación cristiana de las realidades temporales.
  - 2.2. Acción transformadora del mundo.
    - 2.2.1 Acción a favor de la justicia
    - 2.2.2 Promoción humana

#### **IV. FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD**

1. La Palabra de Dios
2. Los sacramentos
3. La oración cristiana
4. El hermano.

#### **V. SUPERAR DICOTOMIAS EN NUESTRA ESPIRITUALIDAD**

1. No hagamos lo imposible
2. Contemplativos en la liberación

#### **VI. CARÁCTER SECULAR, CLARETIANO Y LATINOAMERICANO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD**

1. Carácter secular.
2. Carácter claretiano
3. Carácter latinoamericano

## I. TRES PREGUNTAS OBLIGATORIAS

Es necesario comenzar preguntándonos: ¿Existe realmente una espiritualidad seglar? ¿Hay una espiritualidad claretiana? ¿Se puede hablar de una espiritualidad de América Latina?

Tanto la respuesta afirmativa como la respuesta negativa a estas preguntas pueden ser válidas. En efecto, podemos decir que sólo existe una espiritualidad cristiana, común a todo el pueblo de Dios, sin distinción de categorías (sacerdotes, religiosos, seglares). El contenido esencial de esta única espiritualidad cristiana es seguir a Jesús bajo la guía y la fuerza del espíritu. Y eso es para todos los cristianos.

“Puede afirmarse que no existe más que una espiritualidad, la del “laós” o pueblo de Dios que ha sido redimido por Cristo y enriquecido por su Espíritu. No hay múltiples caminos, solo hay formas de vivir y de asumir, de interpretar y de recorrer el único camino de Jesús.<sup>1</sup>

En este sentido, no podríamos hablar de espiritualidad seglar, ni claretiana ni latinoamericana. Es cierto, todos estamos igualmente llamados a seguir a Jesús y a vivir según el espíritu. Pero también es cierto el hecho de que cada persona, cada grupo y categoría de cristianos realiza el seguimiento y desarrolla la vida según el Espíritu de forma diferente, con acentuaciones y características tan diversas, que es lícito hablar de diversas espiritualidades dentro de la espiritualidad cristiana.

Yves Congar, pionero de la teología del laicado, escribe: “La condición laical tiene sus dones propios frente al estado religioso o al ministerio ordenado. La condición laical comporta, pues, modalidades que la caracterizan como tal: hoy día, sobre todo, cuando se quiere destacar su carácter de secularidad y cuando, en un mundo salido de situaciones de cristiandad, el lugar de los seglares en la misión de la iglesia toma un relieve nuevo. No discutamos sobre las palabras. Se trata de desarrollar los principales valores de una vida cristiana caracterizada por el pleno ejercicio de las actividades de la ciudad secular”<sup>2</sup>

Las características que originan diversos modos de seguimiento de Cristo y, por tanto, distintas formas de espiritualidad cristiana, provienen ante todo de los carismas vocacionales, que nos descubren y nos ayudan a desarrollar el proyecto concreto de vida y de seguimiento de Jesús que Dios tiene con respecto a nosotros (cf. LG 12)

---

<sup>1</sup> X Pikaza. Espiritualidad laical. Revista de Espiritualidad, 43 (1984) p. 53

<sup>2</sup> Y. Congar. Dictionaire de Spiritualité, Laicat, p. 103

La espiritualidad implica dejarse guiar por el espíritu. Ahora bien, por medio de los carismas, el espíritu nos impulsa y nos conduce por sendas diferentes dentro del único camino del seguimiento de Cristo.

Podemos decir que existe una espiritualidad laical o una forma laical de encarnar la espiritualidad cristiana desde el momento en que admitimos que existe una vocación y misión del seglar.

En efecto, la condición seglar no es algo residual. Los seglares no son los cristianos sin más, sin ninguna especificación ulterior. Los seglares no son los no llamados al sacerdocio ministerial o a la vida religiosa, los que se han quedado ahí, como un resto, como una masa no convocada. El ser seglar es una vocación, una decisión positiva, tanto por parte de Dios, como por parte del hombre. Por parte de Dios es una llamada, una vocación como lo es la vocación sacerdotal o la religiosa. “Más los dones del espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto del anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres y así preparen el material del reino de los cielos” (GS 38a). Por parte del seglar es una opción seria y comprometedora: construir el reino gestionando los asuntos temporales.

Lo mismo cabe de las diversas vocaciones y situaciones que existen dentro del estado laical: matrimonio, soltería, viudez.

Todo ello configura de un modo peculiar el seguimiento de Cristo y la vida según el espíritu que cada persona o grupo ha de realizar.

Igualmente el carisma claretiano, que es vocación para una misión, configura el modo de seguir a Cristo y de desarrollar la vida según el espíritu de quienes lo han recibido. En este sentido también se puede hablar de una espiritualidad claretiana.

El Vaticano II dice a los seglares que forman parte de asociaciones y movimientos: “esfuércense igualmente por asimilar con fidelidad las características peculiares de la espiritualidad” de los mismos (AA 4g).

El seguimiento de Jesús no es anacrónico o ahistórico, sino que se encarna en las diversas coordenadas de tiempo y lugar. Se puede hablar, por tanto, de un modo de seguimiento propio de América Latina y, por lo mismo, de una espiritualidad latinoamericana. En América Latina vemos a Cristo ante todo como Liberador y le seguimos como Liberador, por eso nuestra espiritualidad es espiritualidad de liberación.

Tenemos que guardarnos de considerar los elementos y características que configuran las diversas espiritualidades como accidentalidades o añadidos al tronco común de la espiritualidad cristiana y de las diferentes de ella. Más que añadidos son algo coextenso con la espiritualidad cristiana. Son elementos de

la misma espiritualidad cristiana que se convierten en claves o enfoques desde los que vivimos toda la espiritualidad.

Entre la espiritualidad de una religiosa de clausura, por referirnos a situaciones extremas, y la de un líder político o sindical cristiano no sólo hay diferencias de matices y acentos, sino que hay diferencias de enfoque total y de talante con que se viven todos y cada uno de los ejes fundamentales o elementos “comunes” de la espiritualidad cristiana.

“Una determinada espiritualidad significa siempre una reordenación de los ejes fundamentales de la vida cristiana partiendo de una situación central... Lo que establece la diferencia entre una espiritualidad y otra no está en los ejes mencionados que son normalmente los mismos, sino en el orden nuevo que se crea entre ellos, en el modo de hacer la síntesis”<sup>3</sup>

Entendiendo así las cosas, es lícito hablar de espiritualidad seglar, claretiana y de América latina. Con ello no rompemos la unidad de la espiritualidad cristiana, sino mostramos toda su riqueza y dinamismo.

---

<sup>3</sup> G. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*. CEP, Lima 1983, p. 135

## **II. VISION DE LA ESPIRITUALIDAD QUE NOS OFRECE EL IDEARIO DEL SEGLAR CLARETIANO**

### **1. Seguir a Jesús bajo el impulso del Espíritu**

El Ideario supera aquel modo estrecho e intimista de entender la espiritualidad que la reducía a la oración y a la práctica sacramental y que daba lugar a espiritualismos evasivos en los que era posible compaginar el entusiasmo religiosos con la falta de compromiso cristiano.

El Ideario resalta que la espiritualidad no comprende sólo el mundo íntimo de nuestras relaciones con Dios, sino todo lo que somos y hacemos movidos por el espíritu. La Palabra espiritualidad no deriva de espíritu, sino de Espíritu, con mayúscula.

El ideario presenta la espiritualidad como vida según el Espíritu, conforme al consejo de Pablo a los Gálatas: “Caminad bajo el influjo del Espíritu... Si tenemos la vida del espíritu, dejémonos conducir por el espíritu” (Gal 5, 16.26).

El Ideario presenta también la espiritualidad como seguimiento de Cristo. Mejor aún, uniendo esta expresión con la anterior, la presenta como el seguimiento de Cristo impulsados por su Espíritu: “nuestra espiritualidad es la respuesta generosa, bajo la acción del Espíritu, al modo concreto de seguir a Jesús expresado en la vocación y misión que hemos recibido de Dios” (n. 28)

### **2. Características de la espiritualidad que presenta el Ideario**

Cuatro rasgos resaltan el concepto de espiritualidad del ideario; su carácter global, antropológico, integrador y dinámico.

#### **2.1. Globalizante**

Como acabamos de indicar, la espiritualidad no es un aspecto de nuestra vida, el más íntimo, sino que engloba todo nuestro ser y toda nuestra existencia cristiana. “La vida espiritual es la totalidad de una vida, en la medida en que es motivada y determinada por el espíritu santo, el espíritu de Jesús. Cuanto más

motivados estemos por ese Espíritu en todo lo que hacemos, mejor podremos decir que tenemos una vida espiritual”<sup>4</sup>

El Ideario, que pretende describir lo que es un seglar claretiano, articula su descripción en tres partes: vocación, misión y espiritualidad. En la primera parte presenta la vocación como la llamada de Dios a seguir a Jesús con radicalismo evangélico. En la segunda parte describe como los seglares claretianos han de proseguir la misión de Jesús acentuando específicamente algunos aspectos de la misma. En la tercera parte presenta la espiritualidad, no como algo distinto, sino como a respuesta generosa, bajo la acción del espíritu, a la vocación y a la misión recibida por Dios. “Respuesta que se expresa en el estilo de vida según las bienaventuranzas (n. 13-16), en unos compromisos de evangelización arraigados en nuestra vida espiritual, alimentados por ella y que, a su vez, la alimentan (n. 22-26) y en las opciones y actitudes permanentes que cualifican nuestra vida y nuestro servicio de evangelización” (n. 28)

Por lo mismo, la espiritualidad lo comprende todo, engloba todas las dimensiones y aspectos de la existencia cristiana, porque todos ellos han de ser vividos según el plan de Dios y las exigencias del Espíritu. Así, la espiritualidad comprende el amor al Padre y la pasión por su reinado, el seguimiento de Cristo, la docilidad al Espíritu, la imitación de María, la primera discípula, la práctica sacramental y la oración. Comprende también las exigencias del estado de vida por el que hemos optado, el compromiso de animación cristiana, la acción transformadora del mundo, nuestro trabajo y el ejercicio de nuestra profesión. Alcanza todo lo que somos lo que hacemos, porque todo tiene que ser poseído, regido y animado por la fuerza del espíritu para ser sometido a la soberanía de Dios y puesto al servicio de su reino.

## **2.2. Humanizadora**

Vivir según el Espíritu como seguidores de Jesús es también un camino de humanización, de crecimiento como personas. “La vida según el espíritu nos conduce al pleno desarrollo humano y a la perfecta integración de todas las dimensiones de nuestra persona” (n. 29)

“El camino de la espiritualidad se configura como un proceso de humanización. Lo que importa es que los hombres sean, que su vida despliegue, que su ser llegue a expresarse plenamente desde Dios, por Cristo en el espíritu de amor. No se trata de impedir lo humano, sino de realizarlo hasta el final; no se trata de ahogar la creación, sino de explicitarla. Por eso, la exigencia de la vida espiritual no es otra que de hacer posible el surgimiento de

---

<sup>4</sup> A. Nolan, Espiritualidad de la justicia y del amor, La Paz 1986. P. 9



auténticas personas, integradas, desprendidas, capaces de entregarse a los demás, internamente realizadas en su aspecto individual, comunitario y hasta cósmico”<sup>5</sup>

Dios nos ha hecho a su imagen y ha sembrado en nosotros inmensas posibilidades de crecer como imágenes de Dios. El Espíritu que actúa en nosotros nos ayuda a desarrollar esas posibilidades.

Nuestro crecimiento humano es ante todo crecimiento en lo más nuclear de nuestro ser, en lo más genuino de la imagen de Dios en nosotros: el amor. Sólo amando podemos realizarnos como personas. El Espíritu, al infundir en nosotros el mismo amor con que Dios ama, desarrolla hasta lo inimaginable nuestras posibilidades de amar.

La vida según el espíritu es, ante todo, una vida en el amor. La vida según la “carne” es negación de amor, egoísmo. Y el egoísmo significa inmadurez, perpetuo infantilismo.

El Espíritu nos lleva a la plena realización conforme al proyecto de Dios sobre nosotros, concretado en la vocación y misión que él mismo nos ha dado. Sólo por los caminos que Dios ha pensado para nosotros podemos llegar a la meta de nuestra realización humana.

### **2.3. Integradora**

La vida según el espíritu nos sólo alcanza todas las dimensiones de nuestra persona y de nuestra existencia, sino que, además, las integra en armónica unidad: “Nos lleva a la perfecta integración de todas las dimensiones de nuestra persona... En nuestra vida espiritualidad se funden en perfecta unidad todas las condiciones de nuestra existencia: nuestra inserción en el mundo, nuestras responsabilidades y nuestras tareas temporales, nuestra acción, nuestra oración y nuestra vida sacramental, como expresiones inseparables de la realidad única e indivisible del amor con que amamos a Dios y a los hombres” (n.29)

### **2.4. Dinámica**

El ideario concibe la espiritualidad como un dinamismo que nos mantiene siempre en proceso de superación; una fuerza interior que nos lleva a responder al don de Dios (vocación - misión); una mística que aviva y sostiene nuestro compromiso cristiano.

---

<sup>5</sup> X Pikaza, a.c. p. 57

Este dinamismo no brota de nosotros. Es el Espíritu, enviado a nosotros por el Padre y el hijo, y el amor que él infunde en nosotros, el verdadero dinamizador de nuestra vida espiritual: “El Espíritu mismo, que ha sido enviado a nuestros corazones, es quien impulsa, sostiene y dinamiza nuestra vida espiritual” (n. 286)

Es el Espíritu quien nos lleva a alzar la mirada a Dios y a llamarle: ¡Padre! Es El quien nos impulsa a la progresiva unión con Cristo y a seguirle. “Es él quien nos lleva al compromiso y nos sostiene en la lucha por extender el reino de Dios. El es la fuerza que nos impulsa (cf. Lc 4,14) la fuente viva (cf. Jn 7,38) que nos alimenta.

### III. DIMENSIONES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

No podemos entender nuestra espiritualidad sin mirar al modelo que tenemos en Jesús, ya que nuestra espiritualidad no es otra que la suya, pues nos guía su mismo espíritu. Él es el modelo perfecto de espiritualidad. Nadie como Jesús se ha dejado conducir tan plenamente por el Espíritu.

La experiencia fontal de Jesús que determina su forma de ser, de vivir y de actuar es la experiencia de Dios como Padre. Ese Dios, que él experimenta como padre, es el Dios del reino. De esa experiencia única e inigualable brotan en Jesús dos actitudes fundamentales que configuran toda su existencia: una fidelidad inquebrantable al Padre y una disponibilidad absoluta al servicio del Reino para anunciarlo e introducirlo en la vida de cada hombre y de cada grupo y en la sociedad entera para hacer de la humanidad una gran familia.

Estas dos actitudes de Jesús, una vertical (hacia Dios) y otra horizontal (hacia los hombres), brotan de una misma fuente: el amor a Dios y a los que Dios más ama. Ambas actitudes son expresión de este único e indivisible amor, y por eso entre ellas no cabe separación.

El amor es la actitud fundamental de la espiritualidad cristiana y el fundamento de todas las demás actitudes. Si no tenemos amor, nada somos y todo lo demás de nada sirve (cf. 1Cor. 13, 2-3. Ideario n. 12b).

Nuestra espiritualidad, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los Hombres; y una actitud básica: el amor, que es bipolar, porque se dirige simultáneamente a Dios y a los hijos de Dios. Hay, pues, en nuestra espiritualidad dos tendencias o dimensiones: una vertical o mística y otra horizontal o política (Entendemos aquí la política en su sentido más genuino de servicio a la comunidad humana, de empeño por el bien común).

“Nuestra vida espiritual, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los hombres, y, por lo mismo, dos dimensiones fundamentales: una mística y otra política. Ambas están inseparablemente unidas en su origen, el amor, y en su meta, Dios y su Reino” (n. 37 a)

#### 1. Dimensión Mística

La espiritualidad cristiana es trinitaria. “Encuentro con Cristo, vida en el espíritu, ruta hacia el Padre, son, nos parecen, las dimensiones de todo camino espiritual según la escritura”<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> G. Gutiérrez, o.c. p. 58

La espiritualidad, en su dimensión mística, es relación personal con el Padre, el hijo y el Espíritu Santo. “Gracias a la acción del Espíritu en nosotros, hacemos de Dios y de su reino el único absoluto de nuestra vida y vivimos el seguimiento de Jesús como el único camino hacia el Padre y como la manera de construir el reino (n. 31 b)

### **1.1. Dimensión filial: amar a quien nos amó primero.**

No sólo nuestra espiritualidad, sino nuestra misma existencia brota de este hecho: “Dios nos amó primero” (1 Jn 4, 19) Ya antes de la creación del mundo pensó en nosotros con amor de Padre, nos vio, nos amó y nos eligió en el Hijo para hacernos hijos. (cf. Jn 1.4-5; ideario 13 a).

Y porque se adelantó a amarnos, el Padre nos ha dado la fe, que el es hilo conductor que nos lleva a él, y nos ha dado también el amor que hace posible el encuentro con él. Ha enviado al Espíritu a nuestros corazones para que sea en nosotros fuente de vida. De este modo el Padre es el principio de nuestra vida espiritual y es también el término, porque la meta final de nuestra vida según el espíritu es la gloria de Dios (cf. Ef. 1,12), su reinado, su absoluta soberanía sobre nosotros y sobre toda la creación (cf. 1 Cor. 15, 28). Nuestra vida espiritual el caminar en Cristo hacia el Padre por el Espíritu (cf. Ideario n. 32 a).

El Padre en su increíble generosidad, ha querido hacernos hijos suyos (cf. Ef. 1,5; 1Jn 3,1). Nuestra relación con él ha de ser ante todo filial. Lo que él se ha propuesto y lo que espera de nosotros es que vivamos como hijos suyos, con el amor, la libertad y la dignidad de hijos de Dios.

“Tratamos de vivir como hijos, amándole sobre todas las cosas, poniendo en él toda nuestra confianza, aceptando con gozo su voluntad y entregándonos sin reseras a la realización de su plan de salvación” (n. 38 a; cf. N. 12 b).

El espíritu santo es quien nos ayuda a amarle como padre y a vivir como hijos. En el dejarnos guiar por el espíritu de Dios demostramos que somos hijos suyos: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8, 14,16).

Cuanto más experimentamos a Dios como padre, más descubrimos que está comprometido con la historia, que es el Dios de los humillados y de los pobres. De este modo, la experiencia de Dios como Padre nos lleva a comprometernos como él con la historia, a comprometernos en la transformación de un mundo que no es el mundo que Dios quiere, porque en él la huella del amor y de la bondad del Padre está borrada por el egoísmo, el odio, la crueldad y tantos otros signos de muerte que marcan a nuestro mundo.

Vemos así cómo la dimensión mística de nuestra espiritualidad es inseparable de la dimensión política. En nuestro testimonio de amor, especialmente a los más necesitados, revelamos a los hombres el rostro misericordioso de nuestro padre y devolvemos al mundo la huella de Dios.

“Como hijos tratamos de imitar su perfección, su amor a todos y su preferencia por los humildes y los pobres. De este modo somos expresión del amor con que Dios los ama” (n. 32 b).

## **1.2. Dimensión cristológica; seguir a Jesucristo**

Ya hemos dicho anteriormente que el contenido fundamental de la espiritualidad cristiana es el seguimiento de Cristo. No es este adecuado para una reflexión sobre el seguimiento. Aquí solo quiero destacar que el seguimiento es para todos los cristianos y que el radicalismo evangélico que este seguimiento implica es también para todos. Si acentuamos esto es porque durante mucho tiempo y todavía hoy muchas personas consideran el seguimiento y el radicalismo evangélico como algo propio y exclusivo de los religiosos o de quienes estando en el mundo se consagran a Dios mediante los tres clásico votos. Recordemos como hace muy pocos años entre los seculares claretianos se hablaba de dos categorías: los asociados en general y los “evangélicamente comprometidos”<sup>7</sup>. Estos últimos eran los que emitían votos.

Hoy las cosas se ven de otro modo. El seguimiento ya no es tema sectorial ni se limita a una clase de cristiano. Es para todos: “Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz” (LG 41 a).

Porque el seguimiento es para todos, se ha dicho que “ha sonado la hora del seguimiento” y que “la Iglesia entera debe convertirse con absoluta determinación en la Iglesia del seguimiento”<sup>8</sup>

El seguimiento de Jesús no es sólo un tema central de la vida cristiana, sino que es toda la vida cristiana, es su definición más breve y más radical: “Quien quiera resumir hoy lo que es ser cristiano en una palabra, no tienen más que leer el evangelio: “sígueme”, fue la primera y la última palabra de Jesús a Pedro”<sup>9</sup>

El seguimiento de Jesús no consiste en una imitación externa y arqueológica de lo que hizo Jesús hace dos mil años, sino que consiste en algo mucho más profundo y comprometido: en revestirnos de él (cf. Rm 13,14), en

---

<sup>7</sup> Annales Cogregationis, 1976, p. 300

<sup>8</sup> J:B: Metz, las ordenes Religiosas, Barcelona 1978, p. 38

<sup>9</sup> J Sobrino, art. Seguimiento, en Conceptos Fundamentales de Pastoral, Madrid, 83 p. 943

vivir su misma experiencia de Dios como Padre y Dios del Reino; consiste en encarnar hoy las dos actitudes fundamentales de Jesús que brotan de esa experiencia de Dios como Padre:

- La filiación, ser totalmente para Dios, fidelidad inquebrantable a su voluntad.
- Y la fraternidad, ser enteramente para los demás, es decir disponibilidad incondicional al servicio del Reino.<sup>10</sup>

Como exigencia de estas actitudes, el seguimiento implica:

- Asumir el estilo de vida de Jesús, plasmado en el evangelio, sobre todo en ese programa de vida, que son las bienaventuranzas,
- Aceptar y asumir su mensaje, sin rebajas ni manipulaciones,
- Proseguir su proyecto, es decir, a misión que el Padre le confió,
- Participar en su destino de profeta perseguido. “Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros” (Jn 15,20)
- Y vivir con la fuerza del espíritu (cf. Lc 4,14)

El Ideario destaca como elementos del seguimiento de Cristo la vida según las bienaventuranzas y el radicalismo evangélico. En realidad no se trata de dos elementos distintos. “Llamados por Jesús a seguir, queremos hacerlo viviendo con radicalidad todas las exigencias que él presenta a sus seguidores” (n. 336)

El vivir según las bienaventuranzas supone una previa opción por Cristo y por su causa: “Como todos los cristianos, estamos llamados a hacer de las bienaventuranzas nuestra propia regla de vida. Ello implica: optar radicalmente por Cristo y por su seguimiento y hacer del reino de Dios el valor supremo, a cuyo servicio ponemos todo lo que somos... La vida según las bienaventuranzas nos exige también renunciar a todas las seguridades que nos atan y que son un obstáculo para seguir a Jesús y extender el reino de Dios” (n. 13).

Hasta no hace mucho tiempo se decía con simplicidad ofensiva que los religiosos estaban llamados a vivir según las bienaventuranzas sintetizadas en los tres consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia y que los seculares les bastaba con cumplir los mandamientos. El Vaticano II dio un importante paso adelante al decir que “la santidad de la Iglesia se fomenta también de manera especial en los múltiples consejos que el Señor propone en el evangelio para que los observen sus discípulos” (LG 42c).

---

<sup>10</sup> J. Lois, ¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús? Madrid 1984, p. 20.21

La clásica triada del radicalismo evangélico (pobreza, castidad y obediencia), por más que alarguemos su contenido, no alcanza a todas las exigencias del radicalismo evangélico. Existen otras más fundamentales en las que hay enmarcar estas tres, si queremos que tengan pleno sentido: la pasión por el reino de Dios, el amor como actitud y contenido fundamental del Reino.

El ideario destaca algunas expresiones del radicalismo evangélico en el seguimiento de Jesús y pide a los seglares claretianos que sean:

- Pobres ante Dios, viviendo su pobreza esencial de creaturas (n. 14 a)
- Solidarios con los pobres y los humildes (n. 14b)
- Testigos de esperanza (n. 14c)
- Libres para un amor oblativo (n. 15)
- Disponibles a los planes de Dios (n. 16)
- Y unidos en la comunión del espíritu (n. 17-18)

### **1.3. Dimensión pneumática: vivir según el Espíritu.**

El Ideario presenta la espiritualidad como “vida según el Espíritu” (cf. n. 28ss). ¿Qué significa esta expresión tomada de San Pablo?

Pablo contrapone la vida según el espíritu a la vida según la carne (cf. Gál 5, 16-25). La palabra “carne” en los escritos de Pablo no tiene el mismo sentido que hoy le damos nosotros relacionándola con los pecados sexuales (carnales). Entre las obras de la carne Pablo señala muchas que no tienen nada que ver con la sexualidad. El vivir según la carne se refiere a actitudes, a modos de ser, a criterios de vida. Vivir según la carne es vivir en perspectiva solo terrena, vivir según los criterios y los esquemas de este mundo (cf. Rm 12,2). Vivir según la carne es dejarse guiar por los propios intereses egoístas, es como dice Pablo con una frase muy fuerte, no servir a Cristo, sino al propio vientre (cf. Rm 16, 18).

La vida según la carne es una vida motivada por el espíritu mundano o por los valores mundanos. En cambio, la vida según el Espíritu es una vida motivada por el Espíritu de Dios.

Vivir según el espíritu es seguir a Jesús según la lógica y la escala de valores de las bienaventuranzas. (cf. Ideario n. 13)

El Espíritu nos lleva a amar al padre con su mismo amor, infundido en nuestros corazones, y es el lazo que estrecha más fuertemente cada día

nuestra unión con Cristo y desarrolla en nosotros las dos actitudes fundamentales de Cristo y de sus seguidores: la fidelidad inquebrantable al padre y la disponibilidad absoluta para con los hombres.

El Espíritu Santo actúa en los sacramentos. Sin su presencia las acciones litúrgicas y los sacramentos quedarían reducidos a ritos vacíos y a palabras inoperantes. Gracias al Espíritu, los sacramentos realizan lo que simbolizan. “El Espíritu actúa en la vida litúrgica de la Iglesia. Toda la liturgia está animada por la alabanza al Padre por el Hijo en el Espíritu: es una gran doxología. Tanto en occidente como en oriente, se atribuye al espíritu santo la eficacia de los sacramentos e incluso la conversión de los dones eucarísticos en el cuerpo y la sangre de Cristo”<sup>11</sup>

Tampoco la oración es posible sin la acción del espíritu en el creyente. El “habita en el interior del corazón de manera que la oración y los movimientos que suscita en nosotros son conjuntamente y de modo casi indiscernible de {el y de nosotros”<sup>12</sup>. “El espíritu ora en nosotros. Es tan íntimo a nosotros, se da de tal manera en nuestros corazones que se le puede atribuir del mismo modo que a nosotros la invocación “Abba”, Padre (Gal 4,6)”<sup>13</sup>

El Espíritu impulsa nuestra progresiva configuración con Cristo y nuestro seguimiento de Cristo y nuestro seguimiento de Jesús; da la vida a nuestra oración y a nuestra práctica litúrgica y sacramental; nos sostiene en la realización de nuestra misión y evangeliza por medio de nosotros” (Ideario n. 34)

Como indica el ideario en la frase que acabamos de transcribir, el Espíritu anima no sólo la dimensión mística de nuestra espiritualidad, sino también nuestros compromisos de misión.

“El mismo Espíritu que nos hace llamar a Dios Padre es el que gira en el clamor de la creación y de los pueblos en busca de liberación (cf. Rm 8, 18-27). En el clamor de los pobres de América latina el Espíritu clama y pide la liberación (Puebla n. 87-89). Este Espíritu es el que da fortaleza a los perseguidos y mártires del Continente y es el que da esperanza y alegría al pueblo de América Latina, haciéndole esperar días mejores: son dolores de parto de algo nuevo que está naciendo (cf. Jn 16, 21)”<sup>14</sup>

También aquí vemos nuevamente como la dimensión mística de la espiritualidad y la dimensión política son inseparables.

---

<sup>11</sup> Y Congar, Pneumatología dogmática, en iniciación a la práctica de la teología. II p. 471.

<sup>12</sup> Y. Congar, O.c. p. 469

<sup>13</sup> Y. Congar. Oc. p. 471

<sup>14</sup> V. Codina. Ser cristiano en A.L. Oruro. 1985 p. 15



#### **1.4. Dimensión mariana: imitar a María, la primera seguidora de Jesús**

El Ideario sitúa a María donde debe estar: dentro del plan de salvación de Dios y dentro del misterio de Cristo. Por muy querida que sea para nosotros, no podemos hacer de ella algo aparte, porque perdería su verdadero sentido. Y con frecuencia los católicos deformamos el papel y el seguimiento de María haciendo de ella un absoluto, una especie de divinidad sustituta del Padre o del Espíritu.

Hemos de verla ante todo como la hija del Padre, siempre abierta a sus planes y dócil a su voluntad; como la servidora del señor, según ella misma se definió (cf. Lc 1, 38). En ella vemos reflejado el amor materno de Dios para con nosotros.

Hemos de verla también como la primera y la más fiel seguidora de Jesús, como la que mejor acoge y obedece la Palabra de Dios que su Hijo proclama (Lc 11, 28). “El único hecho que introduce a María en el ámbito salvífico de su Hijo es su condición de discípula, es decir, el hecho de que ha escuchado y conservado con fe la palabra de Dios cumpliendo la voluntad del Padre”<sup>15</sup>.

“Con amor filial la contemplamos como modelo de seguidora de Jesús y colaboradora de su misión” (Ideario n. 35)

Ella, que estaba llena del Espíritu Santo (Lc 1,35), es la creyente que más fielmente se dejó guiar por el Espíritu y por eso es la perfecta encarnación de la espiritualidad cristiana. “Podemos afirmar de María todo lo que el lenguaje de la fe ha hecho de ella y se ha conservado en el patrimonio de la Iglesia. Pero considerándolo como obra del espíritu santo en ella. Todas las generaciones llamarán bienaventurada a la que sigue siendo humilde esclava. Ella misma ha alabado a Dios por todo lo que el Poderoso, cuyo nombre es santo, ha hecho por ella mediante el Espíritu”<sup>16</sup>

Desde la perspectiva en la que nos sitúa el carisma claretiano vemos a María como Madre y como evangelizadora. “Vivimos el misterio materno de María siempre desde una perspectiva misionera” (n. 35). Ella es la Madre de Jesús, el primer evangelizador, y de todos los evangelizadores. “Como en Claret, su presencia en nuestra vidas marca nuestra vivencia apostólica: nos forma para la misión, nos envía y, con su presencia materna, hace fecundas nuestras acciones de evangelización”.

A nosotros nos dice mucho este párrafo del Concilio Vaticano II: “El modelo perfecto de esta espiritualidad apostólica es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de

---

<sup>15</sup> Alois Muller. Reflexiones teológicas sobre María, Madre de Jesús. Madrid. 1985. P. 69-70

<sup>16</sup> A Muller, O.c. p. 138

los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida a su Hijo y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador” (AA 41)

Nuestra relación con María es filial y apostólica. Tratamos de imitar su docilidad al espíritu y a la Palabra, nos ponemos en sus manos y nos consagramos a su Corazón (n.35), es decir, nos dejamos invadir por el fuego de su amor para anunciar el evangelio y extender el Reino de Dios.

También aquí la dimensión mística de la espiritualidad desemboca en la dimensión política.

### **1.5. Dimensión eclesial: seguir a Jesús en comunidad**

Jesús aseguró que después de su muerte seguiría estando presente y actuando en la comunidad de sus seguidores (cf. Mt 18,19). El, después de su resurrección, está presente y actúa en la Iglesia por medio del Espíritu. La Iglesia es lugar privilegiado de la acción del Espíritu.

La vida según el Espíritu “tiene una fuente de alimentación y experiencia a la que el mismo Espíritu de Jesús se ha unido indisoluble y eficazmente. Esta fuente es la Iglesia”<sup>17</sup>. Ella nos ofrece las fuentes indispensables de la espiritualidad cristiana: la Palabra, los sacramentos, la vida fraterna.

La Iglesia tiene también el papel de guiarnos en nuestra vida espiritual para librarnos de todo engañoso subjetivismo y ayudarnos a llevar una vida según el Espíritu que esté objetivamente de acuerdo con el evangelio y con el modo de vida de Jesús.

La espiritualidad cristiana, como la fe, que es su raíz, es esencialmente comunitaria. El mismo Jesús quiso desde el principio de su actuación misionera compartir su experiencia de Dios con la comunidad de discípulos que él escogió.

La espiritualidad “es el camino por el cual el Espíritu lleva a través de la historia al “nuevo pueblo mesiánico” que es la iglesia. Esta travesía histórica será colectiva porque la realiza toda una comunidad y será también global porque ningún aspecto de la existencia humana queda fuera del proceso”<sup>18</sup>

La dimensión eclesial y comunitaria de la espiritualidad cristiana se expresa y se realiza especialmente en la pequeña comunidad cristiana de creyentes en la que uno puede realmente celebrar y compartir la fe, el amor fraterno y el compromiso. La pequeña comunidad cristiana es el ámbito en el que se

---

<sup>17</sup> S. Galilea. El camino de la espiritualidad. Bogotá 1982 p. 66

<sup>18</sup> G. Gutiérrez. O.c. p. 112

realizan y se fortalecen las dos dimensiones de la espiritualidad, la mística y la política. En la comunidad nos estimulamos y confortamos mutuamente en la lucha por extender el reino de Dios.

Por eso los grupos de seculares claretianos tienden a organizarse como “pequeñas comunidades cristianas” (n. 21), y no se contentan con ser ellos mismos comunidad, sino que se comprometen en la creación de nuevos núcleos comunitarios “cooperamos especialmente en la formación y desarrollo de las pequeñas comunidades eclesiales” (n. 26)

## **2. Dimensión política. Espiritualidad del compromiso cristiano.**

A Dios no sólo lo experimentamos en la oración o en los sacramentos, sino también en la naturaleza, en la historia de los pueblos y en la realidad sangrante en que viven muchos de ellos. Dios está presente en todo y está tratando de someterlo todo a su soberanía, a ese bellísimo proyecto sobre la creación y sobre la humanidad que llamamos “reino de Dios”. El quiere renovar la historia y el mundo y espera que nosotros nos comprometamos en esta renovación.

Bajo la luz de la fe, “aprendemos a experimentar a Dios en sus presencias (valores humanos y evangélicos, siempre presentes en la historia), pero también en sus ausencias (odio, pecado, egoísmo, corrupción), pues lo negativo e inhumano de la realidad nos lleva a Dios no por ausencia y nostalgia. El mal es el vacío de Dios; es lo que sucede cuando Dios es rechazado. El mal es la experiencia del Dios ausente”<sup>19</sup>

La presencia del mal en nuestro continente en forma de injusticia, de explotación y de pobreza humillante desafía la conciencia de los cristianos y les llama a un serio compromiso por la justicia para construir el reino de Dios.

La causa de los pobres (la liberación) lleva a los creyentes al compromiso socio-político porque en la gestión política, económica y social se juega la causa de la justicia.

El compromiso sociopolítico para ser amor eficaz a los oprimidos y no vana palabrería, exige al cristiano apoyar programas concretos y comprometerse en ellos, le exige insertarse en organizaciones que defiendan la causa de los pobres. Y todo ello es amor a los hermanos, compromiso por extender el Reino.

La entrega sin reservas, animados por la mística cristiana, a las tareas de liberación es el camino de un nuevo modelo de santidad, la “santidad política”.

---

<sup>19</sup> S. Galilea. Oc. P. 137

“La tradición cristiana conoce el santo ascético, amo de sus pasiones y fiel observante de las leyes de Dios y de la Iglesia. Casi no se conocen santos políticos y santos militantes. En el proceso de liberación se creó la situación para otro tipo de santidad: además de luchar contra las propias pasiones (tarea permanente), se lucha contra los mecanismos de explotación y de destrucción de la comunidad”<sup>20</sup>

Nuestra vida espiritual ha de estar encarnada en el lugar, en el tiempo y en unas situaciones históricas concretas, seguir hoy a Jesús significa encarnar en la realidad en que vivimos su inquebrantable fidelidad al Padre y su disponibilidad total para con los hombres.

## **2.1. Animación cristiana de las realidades temporales.**

El Ideario, siguiendo el n. 70 de EN, enumera las principales realidades que hemos de animar dándoles sentido, espíritu y orientación cristianos: la política, la economía, lo social, la cultura, las ciencias, las artes, la vida internacional,. Los medios de comunicación de masas, el amor, la familia, la educación, el trabajo, el sufrimiento, etc. (Ideario n. 22).

¿Cómo animar cristianamente estas realidades?- Gestionando y ordenándolas conforme al plan de Dios, es decir, conforme a las exigencias del Reino y para construirlo. Y construimos el Reino de Dios no sólo espiritualizando nuestras tareas y ofreciéndoselas a Dios mediante una oración previa o paralela a nuestra actividades, sino en la obra misma bien hecha, en ese “estar con las manos en la masa” de la política, de la economía, la profesión, los trabajos cotidianos, etc., tratando de configurarla según el plan de Dios.

El cauce ordinario de animación cristiana de las realidades es nuestro trabajo. Hecho desde la fe, es lugar de encuentro y de experiencia de Dios: en él nos sentimos colaboradores suyos en la tarea de proseguir la obra de la creación y de construir su Reino, haciendo el mundo que El quiere. “Los hombres y mujeres que realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de a sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de su hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia” (GS 34)

En el trabajo, que es cruz y vida nueva, participamos del misterio pascual de Cristo y cooperamos a su obra redentora.

Pero el trabajo, no es automáticamente experiencia de Dios (espiritualidad). Para que lo sea hay que insertarlo en el proceso de nuestra vida espiritual: hay

---

<sup>20</sup> L Boff. Vivir en el espíritu según el Espíritu. Bogotá 1985. P. 161

que vivirlo conscientemente como colaboración con Dios creador y como participación en el misterio pascual de Cristo y en su obra redentora; hay que penetrarlo de espíritu cristiano: de fe, esperanza y amor. Cuando se vive así, el trabajo es algo muy cercano a la oración.

“Se exagera diciendo que el trabajo es oración, cuando con ello se quiere sostener que basta trabajar para orar; ciertamente, se puede decir que el trabajo es oración cuando es conscientemente vivido en su dimensión espiritual. En este caso no hay una diferencia de fondo entre trabajo y oración explícita, entendiéndolos ambos como procesos de vida espiritual”<sup>21</sup>

“El cristiano es un viviente escatológico, es ciudadano de la ciudad celeste y, por tanto, extranjero en este mundo y como en exilio sobre la Tierra. Pero la tierra le ha sido dada por Dios, con sus tareas, como una posesión a gestionar: mejor como una obra a acabar y a dirigir hacia su fin. El cristiano al mismo tiempo está en el mundo y no es del mundo. Tiene que realizar en el mundo la tarea recibida de Dios”<sup>22</sup>

Llamados a perfeccionar la tierra, “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de poder perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana” (GS 39b).

La santificación del mundo es tarea de todos los cristianos, pero de modo especial de los seculares “llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyen a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento” (LG 31b)

La santificación del mundo “consiste en tomar todas las actividades y relaciones horizontales de la vida bajo la soberana relación vertical con Dios en Cristo por su Espíritu. Consiste en que Dios sea Dios, y reconocido como tal, no solamente en sí mismo sino también en su creación, en las actividades libres del hombre: que su nombre sea santificado, que venga su reino, que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo”<sup>23</sup>

En esta tarea el secolar es insustituible. “El afán por llenar de espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que uno vive, es hasta tal punto deber y carga de los seculares que nunca podrá realizarse convenientemente por los demás” (AA 13)

El Ideario nos recuerda que “animamos estas realidades temporales viviéndolas nosotros mismos con sentido evangélico e impregnándolas del

---

<sup>21</sup> Yves Calvez. La espiritualidad del trabajo. La Civiltà Cattolica (1985) p. 368

<sup>22</sup> Y Congar. Dictionnaire de spiritualité. P. 104

<sup>23</sup> Y Congar, ib. P. 105

espíritu de Cristo para que queden ordenadas según “la justicia del reino de Dios” (n. 22)

Por vocación estamos llamados “a ser testigos de Cristo en medio de la sociedad humana” (GS 43c). Animamos cristianamente las realidades temporales y santificamos el mundo “mediante el testimonio de vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad” (LG 312b) y con una vida, tanto individual como social “saturada con el espíritu de las bienaventuranzas” (GS 72; cf. Ideario n. 13)

Animamos las realidades y tareas temporales por la coherencia entre nuestra vida y nuestra fe, superando así lo que Vaticano II señaló como “uno de los más grandes errores de nuestro tiempo” (GS 4 a); dando “ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común” (GS 75b), de profesionalidad y de sentido familiar y cívico y de todas las virtudes que exigen las relaciones sociales, como, por ejemplo, la honradez, el espíritu de justicia, a sinceridad, los buenos sentimientos, la fortaleza de alma, sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana” (AA 4h)

## **2.2. La acción transformadora del mundo**

La restauración del orden temporal, que forma parte de la misión de Cristo, es también parte integrante de la misión del seglar: “La obra redentora de Cristo, aunque de por sí tiende a salvar a los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal” (AA 5). A los cristianos les incumbe “trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano” (GS 57).

Por ello Pablo VI decía enérgicamente: “Conjuramos en primer lugar a todos nuestro hijos. En los países en vías de desarrollo no menos que en los otros, los seglares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal” (PP. 81)

En nuestro compromiso por construir el mundo que Dios quiere no podemos olvidar que el amor es la ley y el dinamismo fundamental de esta transformación. Cristo “es quien nos revela que Dios es amor (1 JN 4,8), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana y, por lo tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor” (GS 38)

Para el seglar claretiano “el compromiso por la causa de los pobres y la acción a favor de la justicia” (n. 27) constituyen una opción de principio irrenunciable que impulsa y orienta todas sus acciones en orden a la transformación del mundo.

Esta acción transformadora del mundo no es un empeño teórico o verbal, sino la praxis, las acciones concretas encaminadas a cambiar las situaciones y las estructuras que contradicen el reino de Dios.

Nuestro compromiso de transformación del mundo se realiza fundamentalmente mediante la acción a favor de la justicia y la promoción humana.

### **2.2.1. La acción a favor de la justicia**

La acción a favor de la justicia tiene que desarrollarse en todos los niveles, desde el más cercano y reducido hasta las grandes magnitudes sociales, políticas, económicas; y tanto a nivel local, como nacional o internacional (cf. ideario n. 23)

El n. 10 del Ideario, sintetizando LG 36 y EN 31 y 36, dice: “La participación en la realización de Cristo... nos pone al servicio de todos los hombres para renovar la humanidad desde dentro y cambiar las estructuras inhumanas del mundo a fin de que todo sea regido por la justicia, la paz y la caridad”.

“La acción en favor de la justicia... nos exige comprometernos en la lucha por eliminar las situaciones de injusticia y por sanear las estructuras que las producen para hacer el mundo que Dios quiere” (n.23c). Debemos tatar de “suprimir las causas y no sólo los efectos de los males” (AA 8e)

Como latinoamericanos debemos responder al llamamiento de Puebla: “Hacemos un llamado urgente a los laicos a comprometerse en la misión evangelizadora de la Iglesia, en la que la promoción de la justicia es parte integrante e indispensable y la que más directamente corresponde al quehacer laical, siempre en comunión con los pastores” (DP 827). “Que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios sino persevere, presente y activo, en medio de ellas y ellos encuentre al señor” (DP 797). “En todos los casos, el laico deberá buscar y promover el bien común en la defensa de la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables en la protección de los más débiles y necesitados: en la creación de estructuras más justas y fraternas” (DP. 792)

La praxis política – desde el voto responsable y la militancia en organizaciones populares o en partidos políticos hasta el ejercicio del poder – se presenta como un cambio de acción importantísimo para los seglares que quieran realmente construir el reino de Dios haciendo un mundo más justo.

La inhibición de los cristianos en el terreno político, juntamente con las dictaduras que se llaman cristianas, son las fallas más graves en el compromiso sociopolítico de los laicos católicos.

El pecado estructural que crea y mantiene situaciones graves de injusticia sólo puede ser eficazmente destruido con la política, que “es la forma más extensa de la caridad”, como ya decía en sus tiempos Pio XI.

### **2.2.2. Promoción humana**

La cooperación en la promoción humana, de la que han de ser protagonistas los interesados, forma parte del compromiso cristiano por transformar el mundo. Para ella tenemos que unir nuestras fuerzas con todas las personas de buena voluntad, que estén comprometidas con los marginados, por encima de las diferencias religiosas e ideológicas.

“Como miembros del pueblo de Dios, cooperemos con él y con todos los hombres que buscan la verdad a la promoción humana y a la liberación de tantos millones de personas que se ven condenadas, en fuerza de múltiples esclavitudes, a quedar al margen de la vida” (n. 23c)

También el Ideario nos recuerda que el dinamismo que impulsa la promoción y la transformación es el amor: “El mandamiento nuevo de Jesús nos lleva a solidarizarnos con los que sufren la miseria y la injusticia y a ayudarles a salir de ellas mediante la promoción humana” (n. 14b)



## IV. FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD.

El Ideario señala como fuentes de nuestra espiritualidad la Palabra de Dios, los sacramentos, la oración y los hermanos, especialmente los pobres. Todos ellos son lugar de encuentro y de experiencia de Dios y, por tanto, fuentes que alimentan la vida según el Espíritu.

### 1. La Palabra de Dios

La palabra de Dios es la fuente primera de nuestra espiritualidad. Ella suscita la fe (cf. Rm 10,14), sin la cual no es posible la experiencia de Dios.

El verdadero seguidor de Jesús es el que escucha la Palabra y la pone en práctica: “Felices sobre todo los que escuchan la Palabra de Dios y la practican” (Lc 11,28). Esta respuesta de Jesús a la mujer quien en medio de la multitud gritó: “Feliz la que te dio a luz”, nos muestra como María, la primera discípula, es más grande por haber acogido y practicado la Palabra de Dios que por haber dado a luz al Hijo de Dios encarnado.

La Palabra de Dios, que no envejece y es siempre actual, se convierte en una interpelación que puede hacer cambiar radicalmente nuestra vida. El cambio que la Palabra produce en nosotros depende de la acogida que le damos, como nos enseña el evangelio en la parábola del sembrador. (cf. Mt 13, 1-23).

Los evangelios han de ocupar el lugar central en nuestra lectura de la Biblia. “Los evangelios son la Palabra de Dios en el sentido más denso, puesto que ahí se recogen las palabras y actitudes de la persona misma de Dios... Más aún, su proclamación o lectura son un verdadero sacramento de la presencia del espíritu de Jesús entre nosotros; leer los evangelios con actitud de discípulos, es encontrarse con Jesús. Junto con eucaristía, constituye la experiencia de Jesús más intensa de la vida cristiana”<sup>24</sup>

El Espíritu Santo es quien nos abre los ojos para comprender la Palabra. “El restituye incesantemente a la Palabra de Jesús toda novedad y su fuerza contundente. Crea en nosotros un corazón nuevo para que lo acojamos, la meditemos y la interioricemos. Nos ayuda a descubrir sus inagotables riquezas, hasta entonces inadvertidas para nosotros”<sup>25</sup>. De este modo se cumple la promesa de Jesús: “Cuando él venga os guiará a la verdad completa” (Jn 16, 13). Sin la acción del Espíritu, el evangelio sería para nosotros letra muerta.

---

<sup>24</sup> S. Galilea. O.c. p. 74-75

<sup>25</sup> A Fermet. El Espíritu en nuestra vida. Santander 1984. P. 78

El Ideario destaca la importancia que tiene la Palabra de Dios en la vida del seglar claretiano: “La palabra es protagonista en nuestro espíritu de familia: escuchada y acogida, nos evangeliza; anunciada a los demás... con la garantía del testimonio, los lleva al encuentro con la Palabra hecha carne” (n. 20)

Si queremos que la Palabra de Dios sea realmente fuente de espiritualidad, hemos de abrirle cauces, dedicarle tiempo y prestarle la mayor atención. Donde la Palabra recobra plenamente su viveza, su fuerza y su actualidad es en las celebraciones litúrgicas y en la lectura hecha en el seno de la pequeña comunidad eclesial a la que uno pertenece. Donde están varios reunidos en su nombre, allí está Jesús en medio proclamando la Palabra.

Junto a estos modos de leer o proclamar la Palabra hay que señalar: los círculos de reflexión bíblica, los grupos de oración que parten de la lectura de la Biblia y finalmente, la lectura en privado.

Como claretianos, hemos de despertar en nosotros aquel amor aquella pasión por la Palabra de Dios que tanto resaltan en San Antonio Ma. Claret<sup>26</sup>

Pero la palabra de Dios no se reduce a la Biblia. Ante todo, Cristo mismo es la gran Palabra de Dios a los hombres, la plenitud de la manifestación de Dios. Por eso nuestra vida espiritual se alimenta ante todo del amor y de la contemplación de Jesús: de su persona, de su vida y de su obra.

Dios nos habla a través de los procesos históricos de los pueblos oprimidos, de sus luchas y su caminar hacia la liberación. También esta palabra de Dios es fuente de nuestra vida según el Espíritu.

## **2. Los sacramentos**

La Iglesia es el sacramento original y global de la presencia y de la acción de Cristo, porque él ha querido quedarse presente entre nosotros en la comunidad eclesial. Esta sacramentalidad global de la Iglesia la expresa a través de los diversos sacramentos. En cada sacramento está presente el Espíritu haciendo actual la presencia de Cristo en su ministerio pascual. Sin el Espíritu, como ya dijimos, los sacramentos serían ritos vacíos de contenido.

Los sacramentos son encuentros con Cristo, experiencias fuertes de fe y de amor que nos transforman y nos liberan. Los sacramentos dan muerte en nosotros a la vida según la carne y fortalecen la vida según el Espíritu

El Ideario presenta los sacramentos como fuentes de nuestra espiritualidad y los menciona todos, excepto el orden y la unción de los enfermos.

---

<sup>26</sup> Autobiografía nn 113-120, 132, 155, 637, 645, etc.

La referencia al **bautismo** en el Ideario es amplia y rica. “La consagración bautismal nos configura con Cristo, nos hace miembros de su Cuerpo y partícipes de su ser y su función sacerdotal, profética y real. En virtud de esta consagración y de la unción del Espíritu, que recibimos también en la confirmación, nos convertimos en una humanidad nueva a través de la cual Cristo continúa hoy su misión en el mundo” (Ideario n. 7).

“En el bautismo que explicita y realiza el proyecto del Padre, hemos sido hechos verdaderamente hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina; hemos sido revestidos de Cristo y unidos a él para formar un solo Cuerpo; hemos recibido a Espíritu Santo, que sella y atestigua nuestra condición de hijos, habita en nosotros, nos hace templos de Dios y nos enriquece con sus dones” (n.12)

El bautismo, que es tarea para toda la vida, pone las bases de nuestra unión con Cristo y de nuestra andadura como seguidores suyos. Con el bautismo se inicia una vida nueva que es vida según el Espíritu (Rm 6,8). “En el bautismo recibimos la vida nueva en Cristo, nos unimos a él y a la comunidad de creyentes e iniciamos nuestra andadura como seguidores de Jesús” (n. 386)

La **eucaristía** es la fuente principal de nuestra espiritualidad porque es el encuentro más real y mas profundo con Cristo; en la eucaristía comulgamos con Cristo mismo, comulgamos su muerte y resurrección, que cambia nuestra vida desatando en ella un proceso de muerte a una vida según los valores mundanos y de resurrección a una vida nueva, a una existencia como la de Cristo en el amor a los demás.

La eucaristía crea y dinamiza la comunidad. Nuestras comunidades, igual que la primera comunidad cristiana se articulan en torno al señor resucitado presente en a eucaristía y viven en él.

La eucaristía nos compromete a luchar por extender el reino de Dios. En ella consagramos a Dios todas las realidades temporales con las que está entretejida nuestra vida (cf. n. 8)

Es fuente de amor y de fortaleza para seguir a Cristo y proseguir su misión. En ella “se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado” (LG 33b)

“En a eucaristía nos unimos al Señor en su misterio pascual para que su soberanía destruya en nosotros el poder de la “carne” y fortalezca la vida nueva iniciada en el bautismo. La eucaristía crea y alimenta la comunión fraterna. Este sacramento tiene para nosotros, como tuvo para Claret, un marcado sentido apostólico, ya que alimenta en nosotros la caridad que urge a

la evangelización y hace de todo claretiano “un hombre abraza por donde pasa” (n. 38c)

El **matrimonio** es encuentro con el amor vivificador de Cristo, cuyo símbolo es la entrega mutua de dos seres que se aman y quieren hacer de ese amor un proyecto de vida. “Los que hemos recibido el sacramento del matrimonio, amándonos y viviendo la presencia sacramental de Cristo en nuestro amor, nos unimos cada día más al Señor y nos ayudamos mutuamente en el camino de la santidad y del apostolado” (n. 38d)

El Ideario menciona el sacramento de la **confirmación** en los números 7 y 38 e implícitamente en el n. 10. Presenta la confirmación desde la perspectiva misionera: nos prepara y nos capacita para continuar la misión de Cristo (n. 7) y nos fortalece para confesar la fe y dar testimonio de Jesús (n.9)

El sacramento de la **reconciliación** (n. 38) es un encuentro con Cristo desde nuestra condición de pecadores, siempre tentados a vivir según los valores mundanos. Es como la reiteración del bautismo. A través de él, el espíritu nos une a la muerte de Cristo para dar muerte en nosotros al egoísmo y las tendencias al mal arraigadas en lo más hondo de nuestro ser.

### 3. La oración cristiana

Otra de las fuentes imprescindibles de nuestra espiritualidad es la oración cristiana. No decimos solamente la oración, sino la oración ‘cristiana’, porque los no cristianos también oran y la oración de los católicos no siempre es cristiana.

Es cristiana la oración hecha en Cristo. La oración forme parte de nuestro seguimiento de Jesús. No sólo oramos como él, sino que oramos en él, incorporados a su mismo diálogo con el Padre. Unidos a Cristo y movidos por el Espíritu, amamos al Padre con ese amor divino que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones. La oración cristiana es trinitaria, es una relación de amor con el Padre en Cristo por el Espíritu. En esta relación la iniciativa es de Dios, que nos amó primero. El Espíritu, verdadero protagonista de nuestra oración, es quien hace posible nuestro diálogo con Dios.

Dentro de la oración, el Ideario (n. 39) destaca la alabanza litúrgica que suele ser siempre una doxología trinitaria. La alabanza es la oración más genuina porque está purificada de todo interés personal, es puro amor oblativo.

La oración nace de la fe que se expresa en el amor y en la esperanza.

Algunos cristianos consideran la oración ante todo como una actividad humana, como un esfuerzo del hombre por alcanzar a Dios y sus favores. Y la oración más que un esfuerzo es un don y una acción de Dios en nosotros

Otros la consideran como un como un medio para conseguir gracias o para vigorizar la propia vida cristiana La oración es a la vez, un fin en sí misma y un medio. Es, sobre todo, un fin porque estamos creados para estar con Dios y sólo en el definitivo estar con él alcanzaremos la plenitud de nuestro ser, nos realizaremos como personas Durante nuestra vida terrena la oración es un modo muy directo de estar con él y de realizar la vocación humana a vivir en comunión con Dios.

La oración es también un medio porque nos ayuda a liberarnos de nuestro egoísmo y a revestirnos de Cristo, a identificarnos con la voluntad del Padre, a crecer en la vida según el espíritu y en el seguimiento de Jesús.

Ninguna oración, ni siquiera la de petición, ha de ser interesada, porque a oración es amor oblativo, donación de sí. En la medida en que queremos “sacar algo” de nuestra oración o ponerla al servicio de nuestros intereses, en esa misma medida deja de ser oración porque deja de ser amor.

La oración de petición no pretende cambiar los planes de Dios, sino ajustar nuestros planes a los suyos; lo que le pedimos es que actúe en nosotros y nos lleve a aceptar gozosamente su voluntad. La eficacia de la oración no se mide por las gracias que conseguimos de Dios sino por la transformación que realiza en nosotros y por el compromiso cristiano al que nos lleva.

“Movidos por el Espíritu, buscamos en la oración el encuentro con Dios en Cristo y pedimos al Padre que nos lleve a aceptar su voluntad y a ponernos sin reservas al servicio de su plan de salvación” (n. 39 a)

Para que la oración sea realmente fuente que alimenta nuestra vida espiritual es necesario reservarle espacios frecuentes en nuestra vida diaria. El problema de encontrar tiempo para la oración depende en gran medida de la fe del amor. Para lo que valoramos y amamos siempre hay tiempo. Con esto no queremos decir que el Espíritu y la práctica de la oración se agoten en los tiempos dedicados expresamente a la misma, porque “el verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado; recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración”<sup>27</sup>

Salvo en raras ocasiones, la oración no es fácil ni espontánea; requiere opción renovada cada día... Muchos cristianos oran cuando “sienten necesidad”. Pero hay mucha gente que no siente necesidad nunca. Esperar a orar sólo cuando la necesidad sentida nos lo pide, significa en la práctica

---

<sup>27</sup> Santa Teresa. Fundaciones 5. 16

posponer la oración indefinidamente. Oramos no por “sentir necesidad”, sino por una convicción de fe y para revestirnos de Cristo por amor”<sup>28</sup>.

Algunos creen que no es necesario reservarse tiempos especiales para la oración, argumentando que hay que orar en medio de las actividades. “Rezar en el contacto con los demás, ser ‘contemplativo en la acción’, es una realidad profundamente cristiana, pero es preciso que digamos que esta actitud es una pura ilusión si ‘no le añadimos algunos momentos en los que estarnos sencillamente con Dios sin hacer nada”<sup>29</sup>

El Ideario dice que “nuestra oración tiene siempre sentido secular y apostólico” (n. 39).

Su carácter secular se manifiesta en que oramos en medio de las tareas temporales mismas y nuestro empeño por realizarlas según los planes de Dios. “Para orar no salimos del mundo, ni nos olvidamos de él, sino que oramos nuestra misma situación en el mundo y nuestro esfuerzo por animar y ordenar todas las cosas según el plan de Dios. Compartimos en el diálogo con el Señor los problemas y las necesidades de nuestros hermanos y nuestra entrega a su servicio” (n. 39 b).

Miramos todos los acontecimientos a la luz del evangelio y desde ahí oramos al Padre. Hacemos de nuestra propia vida y de nuestra lucha por el Reino “materia” de oración.

El sentido apostólico es inseparable del sentido secular porque el apostolado del seglar es ante todo la animación cristiana de esas realidades temporales y la acción transformadora del mundo. Nuestra oración es apostólica porque nos lleva a un creciente compromiso de evangelización por medio de la palabra, el testimonio y la praxis transformadora

#### **4. El hermano**

El ideario señala al hermano como lugar de experiencia de fe y de espiritualidad. Los hermanos, especialmente los pobres son sacramento de la presencia de Dios, porque él mismo se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres. En Jesucristo, Dios no sólo se identificó totalmente con los pobres, sino que se hizo uno de ellos, un pobre. Por eso los pobres son lugar de encuentro con Dios. Cristo está tan presente y tan unido a los pobres que se considera hecho a él mismo cuanto se haga a los pobres (cf. Mt 25, 35-40)

El Ideario hace una buena síntesis de este tema en el n. 40. “Porque el Padre se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres y el Hijo, que se

---

<sup>28</sup> S. Galilea o.c. p. 145

<sup>29</sup> E. Schilleebeckx. Dios y el hombre. Salamanca. 1968 p. 237

identificó con ellos continúa presente en los pobres, ellos son para nosotros sacramento de la presencia de Dios y lugar inequívoco de encuentro con él” (n. 40)

El encuentro con Dios y con Cristo en los pobres es fuente de compromiso cristiano – La otra vertiente de la espiritualidad -; nos lleva al seguimiento de Jesús, que hizo de los pobres los primeros destinatarios de su misión y del reino. Como dice Puebla, en los pobres “deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, que nos cuestiona e interpela” (DP 31)

Desde esta perspectiva podemos decir que ‘los pobres nos evangelizan’ porque nos llaman a la conversión, al seguimiento de Cristo Liberador, a salir de nosotros mismos y a hacer de ellos y de su causa el centro de nuestras preocupaciones y la motivación principal de nuestra vida y de nuestras acciones. Nos evangelizan porque nos impulsan a vivir la pobreza que hace bienaventurados (cf. Mt 5,3) y a luchar contra la pobreza que crea desdichados, la pobreza injusta y humillante que destruye al hombre.

Al pobre, como al hermano en general, no hemos de tomarlo sólo en sentido individual, sino y ante todo en sentido colectivo, el samaritano apaleado de nuestro tiempo son los pueblos y las comunidades oprimidas que luchan por su liberación. El Ideario lo resalta en sus últimas líneas y nos pide a todos los SC, comulgar con estos pueblos y con sus luchas por la liberación (n. 40)

## V. SUPERAR DICOTOMIAS EN NUESTRA ESPIRITUALIDAD

### 1. No hagamos lo imposible

Muchos de los que nos consideramos seguidores de Jesús, en la práctica, separamos notablemente fe y vida, oración y compromiso. A veces convertimos estas dos dimensiones de la existencia cristiana en compartimientos incomunicados, incluso antagónicos.

Algunos creyentes muy comprometidos han dejado, por inútil, la oración, otros en cambio, cultivan un tipo de oración que es compatible con el egoísmo, la insensibilidad y la inoperancia ante los problemas y las necesidades de los demás.

Siempre ha existido dificultad para lograr la coherencia y la unidad que debe haber entre fe y vida, entre oración y compromiso.

El Ideario del SC nos propone y nos pide vivir en unidad las dos dimensiones de la espiritualidad: la mística y la política. Así en el n. 30 se dice:

- “La gestión misma de los asuntos temporales, realizada conforme a la voluntad divina, es para nosotros lugar de encuentro con dios y de identificación con sus planes;
- Realizamos las tareas seculares y luchamos por la transformación del mundo en comunión con Cristo y revestidos de la fuerza del Espíritu;
- La eucaristía, la oración y las demás expresiones de nuestra espiritualidad están fuertemente configuradas por las situaciones, los problemas, las luchas y esperanzas de nuestros pueblos y nos llevan a una real solidaridad con él” (n. 30)

Igualmente en el n. 40, ya citado, se dice: “Para orar no salimos del mundo, ni nos olvidamos de él, sino que oramos nuestra misma situación en el mundo y nuestro esfuerzo por animar y ordenar todas las cosas según Dios”.

Por parte de la oración la síntesis entre fe y vida será posible cuando se haya adquirido la convicción de que “en la oración, el mundo no es sólo un lugar de distracciones, sino de comunión”<sup>30</sup>; que no hay oración cristiana cuando falta comunión profunda con el presente personal, comunitario, eclesial y universal.

---

<sup>30</sup> E. Schullebeckx, o.c. p. 236



La unidad entre fe y vida, entre oración y compromiso tiene tales fundamentos que debería ser casi imposible la escisión entre ellas. En efecto, el Dios con quien nos encontramos en la oración y nuestro compromiso; es también una misma realidad el amor por el que queremos ser fieles a Dios y al hermano. Sólo por la debilidad de nuestra fe se explica que hagamos lo imposible: separar la fe de la vida.

## **2. Contemplativos en la liberación**

En América Latina el problema no es solamente la relación oración – acción, sino oración-liberación, o sea, oración-acción-acción política, social, histórica, transformadora. La cuestión se plantea en términos de mística y política. ¿Cómo compaginar la pasión por el pueblo y su justicia, nota distintiva del militante político?

Y no se trata de hacer una síntesis verbal o una correcta correlación de los términos. Se trata de vivir una práctica cristiana que al mismo tiempo este imbuida de oración y de compromiso, que el compromiso nazca de la oración y que la oración aflore del corazón del compromiso<sup>31</sup>.

De lo que se trata es de ser contemplativos en la oración. Esto significa que “la contemplación no se trata solamente en el espacio sagrado de la oración ni en el recinto sacrosanto de la iglesia o del monasterio; ella encuentra su lugar también en la práctica política y social, bañada, sustentada por la fe vida y verdadera”<sup>32</sup>

En la vida del seguidor de Jesús surgen dos polos: la oración y la praxis liberadora y “es preciso articular dialécticamente los dos polos. Es necesario considerarlos como dos espacios abiertos el uno al otro que se implican mutuamente, sin embargo se debe privilegiar uno de los dos polos de la relación: el de la oración.

Por la oración, el hombre expresa lo que de más noble y profundo existe en su existencia: puede elevarse por encima de sí mismo, trascender todas las magnitudes de la creación y de la historia, asumir una posición “extática” y trabar un diálogo con el Supremo Misterio y gritar: ¡Padre! Con esto no deja tras de sí el universo, sino que lo asume y lo transforma en ofrenda a Dios; pero se libra de todas las cadenas, denuncia todos los absolutos históricos, los relativiza y se enfrenta, solo y desnudo, con el Absoluto, para hacer historia con Él.

---

<sup>31</sup> L. Boff. Vivir en el Espíritu. P. 157-158

<sup>32</sup> L. Boff. La fe en la periferia. P. 217

Allí se descubre a Dios como Santo, con El estamos frente al sumamente Serio y Definitivo. Pero al mismo tiempo este Dios tan Santo y absolutamente Serio se revela como un Dios comprometido, sensible a los sollozos de los oprimidos. Puede decir: “he visto la opresión de mi pueblo..., he oído sus quejas contra los opresores, me he dado cuenta de sus sufrimientos y he descendido para librarlos (Ex 3, 7-9).

Por tanto, el Dios que en la oración dice al hombre: ¡ven! en la misma oración le dice: ¡ve! El Dios que llama es el mismo que lanza al compromiso de la liberación. Manda unir la pasión por Dios con la pasión por los oprimidos. Mejor, exige que la pasión de Dios en Jesucristo sea vivida en la pasión de los hermanos sufrientes y necesitados

La acción de servicio al hermano y de solidaridad con sus luchas de liberación aflora en el propio seno de la oración que llega al corazón de Dios. La oración alimenta la óptica con la cual se permite al creyente ver en el pobre y en toda una clase de explotados la presencia sacramental del Señor. Sin la oración, nacida de la fe, la mirada se hace opaca y ve en la superficie, pero no logra descender hasta aquella profundidad mística en la cual entra en comunión con el Señor presente en los condenados, humillados y ofendidos de la historia”<sup>33</sup>

A pesar de las largas citas que preceden, no me resisto a terminar este apartado con unas palabras de Segundo Galilea: “La contemplación cristiana auténtica, que pasa a través del desierto, hace a los contemplativos profetas, y a los militares místicos. El cristiano realiza la síntesis del político y del místico, del militante y del contemplativo, superando la falsa antinomia y entre el “religiosos-contemplativo” y el “militante-comprometido”. La contemplación auténtica, que a través del encuentro con el Absoluto de Dios conduce al Absoluto del prójimo, es el lugar del encuentro de esta simbiosis difícil, pero tan necesaria y creadora para los cristianos latinoamericanos comprometidos en la liberación de los pobres”<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> L. Boff. Ib. 216

<sup>34</sup> S. Galilea, oc. P. 143

## **VI. CARACTER SEGLAR, CLARETIANO Y LATINOAMERICANO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD**

Concluimos este trabajo y volviendo a las preguntas que nos hicimos al principio del mismo: ¿existe realmente una espiritualidad seglar, una espiritualidad claretiana y una espiritualidad latinoamericana? Ya tratamos de dar respuesta a estos interrogantes.

De lo que no cabe duda es que la espiritualidad de los seglares claretianos de América Latina ha de tener carácter secular, claretiano y latinoamericano.

### **1. Carácter seglar**

El carácter secular de nuestra espiritualidad, al que se alude en muchos lugares del Ideario (cf. nn.6, 8, 12, 33, etc.) se destaca especialmente en el número 36, en el que se señalan cuatro aspectos importantes de espiritualidad seglar. Siguiendo la doctrina del Vaticano II se acentúa en el lugar más específico de la experiencia de Dios y de su Reino para el seglar es la gestión de los asuntos temporales: “La gestión misma de los asuntos temporales, realizada conforme a la voluntad divina, es para nosotros lugar de encuentro con Dios y de identificación con sus planes” (n. 30).

“Por consiguiente, todos los fieles cristianos, en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias, y precisamente por medio de eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo con fe de a mano del Padre celestial, con tal de cooperar con la voluntad divina, manifestando a todos, incluso en el propio servicio temporal, la caridad con que Dios los amó” (LG. 41g).

“Realizamos las tareas seculares y luchamos por la transformación del mundo en comunión con Cristo y revestidos de la fuerza del Espíritu (Ideario n. 36b).

El DP, nos advierte “que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios sino persevere, presente y activo, en medio de ellas y allí encuentre al Señor; dé a tal presencia y actividad una inspiración de fe y un sentido de caridad cristiana, por la luz de a fe, descubre en esa realidad la presencia del Señor (DP. N 797-798).

Esto quiere decir que la oración y los sacramentos no sean también para el seglar lugar privilegiado de encuentro con Dios. Pero su oración y su práctica sacramental están configuradas por su oración y su compromiso secular. “Nuestra oración tiene siempre sentido secular” (n.35). La eucaristía, La oración

y las demás expresiones de nuestra espiritualidad están fuertemente configuradas por las situaciones, los problemas, las luchas y esperanzas de nuestro pueblo y nos llevan a una real solidaridad con él” (n. 30c).

La asamblea de Puebla pide al seglar que “en medio de su misión, a menudo conflictiva y llena de tensiones para su fe, busque renovar su identidad cristiana en el contacto con la Palabra de Dios, en la intimidad con el señor en la Eucaristía, en los sacramentos y en la oración” (DP. 798).

## **2. Carácter claretiano**

La dimensión claretiana de nuestra espiritualidad está presente a lo largo de todo el Ideario.

Como todos los cristianos, los claretianos seguimos al único Cristo, a Jesús de Nazaret, y proseguimos su única misión. Sin embargo en nuestro seguimiento de Cristo destacan rasgos muy distintos de los que resaltan en otras familias carismáticas. Nosotros no seguimos tanto a Jesús que pasó curando enfermedades, como al Jesús misionero, que recorría los pueblos y ciudades anunciando la Buena Nueva del Reino (cf. Lc 4, 43)

Como ya dijimos, el carácter claretiano de nuestra espiritualidad no es un añadido más al tronco común de la espiritualidad cristiana, sino que es la clave desde la que vivimos toda la espiritualidad cristiana. “Por eso el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia, identificados por este don con Cristo misionero, continuamos. Como seglares, la misión para la que el Espíritu suscitó a san Antonio María Claret” (n.5).

El carácter claretiano de nuestra espiritualidad no deriva de Claret, sino de Cristo mismo; es una referencia especial a algunos aspectos y dimensiones de la persona y de la obra de Cristo —Cristo como misionero—, que Claret, en virtud del carisma recibido, encarnó más vivamente. También nosotros, por voluntad de Dios y por con del Espíritu, estamos llamados a encarnar hoy’ de modo especial estos aspectos de la inabarcable persona y obra de Cristo. Eso sí, en Claret tenemos el modelo de respuesta a nuestro carisma (cf. nn. 1, 3, 4).

El seglar claretiano, como en Claret, ha de destacar la pasión por la evangelización mediante la palabra, avalada por el testimonio de vida y el empeño por multiplicar los evangelizadores, a anunciar y extender el reino de Dios entre los hombres mediante la palabra en todas sus formas, el testimonio y la acción transformadora del mundo, llevando así la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad para transformarla desde dentro” (n. 5b)

“Por medio de Claret, y para el servicio de la evangelización, el Espíritu Santo suscitó una entera familia de seglares, sacerdotes y religiosos, que él concibió como un gran ejercito de evangelizadores bajo la enseñanza del Corazón de María” (n. 20).

En el segar claretiano se funden en perfecta unidad, cualificándose mutuamente, el carácter secular y el carácter claretiano de la espiritualidad.

### **3. Carácter latinoamericano de nuestra espiritualidad**

Seguir a Jesús es lo más nuclear de la espiritualidad cristiana. En América Latina se está desarrollando una forma propia de seguimiento de Cristo y, por lo tanto, también una espiritualidad con perfiles diferentes. Aquí vemos a Cristo ante todo, como liberador y la nuestra es una espiritualidad de la liberación.

“El tiempo que vive América Latina, rico en cuestionamientos y en perspectivas, cargado de impases y de nuevas pistas, lleno de sufrimientos y de esperanzas, se va constituyendo en un crisol de una forma distinta de seguir a Jesús. Distinta quiere decir propia, alimentada por las realidades que se viven en estas tierras”<sup>35</sup>

“Una lectura de fe nos hace así comprender que la irrupción del pobre en la sociedad e Iglesia latinoamericana es, en última instancia, una irrupción de Dios en nuestras vidas. Esta irrupción es el punto de partida, y también el eje de la nueva espiritualidad. Ella nos señala por eso el camino hacia el Dios de Jesucristo”<sup>36</sup>

Una de las frases que mejor resumen lo que ha de ser la espiritualidad de América Latina es ser “contemplativos en la liberación”. Lo que significa que la contemplación no se realiza solamente en la oración en los lugares sagrados sagrados, sino que “encuentra su lugar también en la práctica política, social, bañada, sustentada y alentada por la fe viva y verdadera”<sup>37</sup>

El ideario, escrito por y para los seglares claretianos de los diversos continentes, no hace expresamente referencia a América Latina. Pero los problemas del tercer mundo están presentes en todos los continentes y la opción por los pobres y por su causa son la única postura auténtica para vivir el evangelio y anunciar la Buena Nueva en todos los continentes. Desde esta perspectiva el ideario acentúa algunos aspectos del seguimiento de Cristo como Liberador y de la espiritualidad de la liberación.

---

<sup>35</sup> G. Gutiérrez. Oc. P. 45

<sup>36</sup> G. Gutiérrez oc. P. 49

<sup>37</sup> L. Boff, La fe de la periferia del mundo. Santander 1981. P. 217

“La acción en favor de la justicia, dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y la que más directamente corresponde al quehacer de los seglares, nos exige comprometernos en la lucha por eliminar las situaciones de injusticia y por sanear las estructuras que las producen” (n 27b)

...“Cooperamos a la promoción y a la liberación de tantos millones de personas, que se ven condenadas, en fuerza de múltiples esclavitudes, a quedar al margen de la vida” (n. 23c)

El seglar claretiano de América latina ha de asumir y encarnar en su vida esta nueva espiritualidad en la que resaltan las siguientes características:

Su **carácter pascual**, de muerte y resurrección. Y no sólo a nivel personal, muerte al pecado y al egoísmo para resucitar a una vida en el amor a Dios y a los hermanos, sino también y principalmente en un sentido social, luchando y confiando en que Dios que libró a Jesús del poder de la muerte, librárá también a nuestro pueblo de todos los signos de muerte.

La **dimensión comunitaria**, esencial a toda experiencia de fe cristiana, ha adquirido especial relevancia en la espiritualidad de América Latina. No se trata de una espiritualidad de grandes líderes, que se convierten en modelo para los demás; se trata de una espiritualidad del pueblo, “espiritualidad colectiva, eclesial; marcada por la religiosidad de un pueblo explotado y creyente. Camino emprendido por el conjunto del pueblo de Dios que deja atrás una tierra ¡de opresión y busca, sin ilusiones pero con firmeza, encontrar su ruta en medio del desierto”<sup>38</sup>

El carácter comunitario de la espiritualidad latinoamericana tiene su mejor expresión en las CEBs.

La solidaridad con los pobres es otra característica de la espiritualidad de América latina. Una solidaridad que exige conversión a Cristo, identificarse con él y encarnar hoy su solidaridad con los pobres.

La búsqueda de la **eficacia liberadora**. El amor tiene que ser eficaz. Y no se trata de un vanidoso eficazísimo, sino de hacer realidad el amor al hermano que es víctima de la injusticia o de los otros signos de muerte. En las obras se muestra la autenticidad del amor cristiano (cf. 2Cor. 8,8)

La **pobreza cristiana** entendida como sentirse ante Dios creaturas, pequeñas e incapaces; entendida también como el compartir y poner a disposición de los demás todo lo que uno es, tiene y puede; entendida como el no ambicionar nada, como el estar dispuesto a perderlo todo por causa de la justicia. Sólo la pobreza nos hace realmente libres y disponibles (cf. GS. 72. Ideario n. 14)

---

<sup>38</sup> G. Gutiérrez oc. P. 50

La **aceptación del conflicto y de la cruz**. “La opción por los pobres y el compromiso por su liberación conllevan... persecución de parte de aquellos cuyas injusticias denunciarnos. La persecución es el signo inconfundible del verdadero seguidor de Jesús... Participar de la vida y del mensaje de Jesús exige asumir los conflictos inevitables que son cruces reales que hay que llevar, no por dolorismo, sino por causa de la justicia”<sup>39</sup>

La **esperanza utópica y activa**. A pesar de las estadísticas desalentadoras y de las previsiones, el cristianismo no abandona el compromiso y la lucha, no se deja dominar por la resignación, el conformismo o el fatalismo. A pesar de todo cree en un mañana mejor, porque ese es el proyecto de Dios. Señor de la historia, y no se va a frustrar.

Por encima de todo hay que creer en la fuerza del Espíritu que actúa en nuestro pueblo y lo acompaña en su andadura hacia la liberación. Eso sí, los cambios se producen con tanta lentitud que se nos exige una inquebrantable paciencia histórica.

---

<sup>39</sup> L. Boff. La vida en el espíritu. P. 64